

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1957

Agosto - Setiembre

Nº 16

Año 36. — Nº 1179

Luis Eduardo Nieto Caballero en el recuerdo

(Páginas sacadas de *El Tiempo* de Bogotá, en los días finales de Abril de 1957)

CARTA AL AUSENTE

Sé muy bien que si yo te hubiera precedido en este viaje hacia la eternidad tú no habrías vacilado en escribir una página —una bella página sería la tuya— sobre nuestra entrañable amistad, y habrías expresado tu gratitud, en los términos en que tú sabías hacerlo, a todos los que en aquel instante se hallaran cerca a tu corazón.

Hoy es el país entero el que ha venido a decirme, y a decirles a los nuestros, que con nosotros llora tu ausencia.

¿Qué puedo yo responder a este conmovido clamor? Decir mi hondísima gratitud y la de todos los míos no sería bastante. Montar la guardia frente a esta tumba para defender la cristiana y purísima claridad de tu vida contra toda errada interpretación de lo que ella fue, es apenas cumplir con un deber esencial.

Hay algo más, lo siento en lo íntimo de la conciencia, que se espera de quien transitoriamente sobrevive al que se ha ido dejando tan incolmable vacío:

Es continuar su obra, es seguir luchando por lo que él luchó, es tomar aquí mismo frente a esta tumba la bandera de la libertad que él enarboló gallarda y valerosamente. No importa que tan grande distancia medie entre las fuerzas del que se va y las fuerzas del que se queda. Nuestro amor por Colombia era uno mismo; nuestro fervor por las cosas del espíritu se hermanaban en nosotros entrañablemente como ya la sangre nos había hecho hermanos; nuestra fe en la juventud, que era la fe en la patria, movía con igual impulso nuestra acción. Eramos hermanos por la fuerza de la herencia y por la comunión en unos mismos ideales. Y hermanos seguiremos siendo por sobre el insondable misterio de la eternidad que ahora nos separa.

Qué importa que no me asistan tus mismas indomables fuerzas si mi voluntad se robustece ahora para ver de seguir sirviendo a Colombia, si no con tu gran capacidad y tu singular impulso, al menos sí con el mismo entrañable afecto patrio que animó todas las horas de tu vida.



Luis Eduardo Nieto Caballero

Te has ido, pero son tantas las cosas que de tí sobreviven. En la vida sólo nos sobrevive lo que sembramos fuera de nosotros, pero fue tanto lo que tú sembraste para los demás. Fuiste, ante todo, un constante, un incansable sembrador, y por ello la nación entera se ha sentido estremecida al verte partir para no volver más. Se ha silenciado tu voz; se ha roto tu pluma; las hojas que llenabas febrilmente, pocas horas antes de partir, han quedado inconclusas, pero tu espíritu sigue llenándolas, seguirá llenándolas desde el más allá.

No será posible olvidarte. No hubo dolor que pasara cerca de tí del cual no tomaras parte; no hubo estímulo que pudieras dar al cual te sintieras ajeno; no existió injusticia contra la cual no protestaras, ni acto de valor que rehuyeras. De tí sí que puede decirse que las primeras lágrimas que por tu culpa se derramaron —y cuán copiosamente!— fueron las de la hora de tu muerte. En el examen de conciencia que en los días de tu gravedad hicieras frente al Cristo que acompañó a nuestros mayores y que fue espejo en el que te mirabas cada día, para guiar tu conducta, debiste pensar

que era grato llegar a la última jornada sin otra bagaje que el de limpia y generosa acción de tantos años, y sin otro sufrimiento que el de dejar a los tuyos y a tu patria, que con tan inmenso calor amaste, en medio de la gran congoja que tortura y abate nuestra alma.

No sería posible dar respuesta a todas esas voces amigas, multitudinarias, que ahora se escuchan en nuestro hogar despedazado por el dolor y a las que nos llegan de todos los rincones del país para decirnos que están con nosotros en este inefable trance de amargura. Es a Colombia entera a la que queremos expresar nuestra gratitud. ¿Cómo no manifestar en esta hora nuestro filial amor por ella cuando con nosotros llora la partida de uno de sus mejores hijos y a quien tan entrañablemente estábamos unidos?

* * *

Amigos que a la llamada de este clarín estridente que llenó todos los ámbitos con la infausta nueva y a todos congregó instantáneamente, como en una hora de angustia nacional, al pie de la bandera de la Patria: Gracias a todos. Sabemos que os habéis estremecido hasta lo más recóndito de vuestro ser porque el ausente nos dió, en cada día de su vida, una trascendental lección que desde su tumba seguirá dictando:

Toda la cálida ternura, toda la mansedumbre que había en el fondo de su corazón, toda esa simpatía humana que emanaba de lo más profundo de su propia entraña, se tornaba en gesto de indignada protesta frente a la arbitrariedad, y brotaban entonces en torrente sus palabras de rebelión, y su pluma llenaba velozmente las ardientes cuartillas que parecían ya fundidas y moldeadas en la hornaza de los linotipos. Bajo el guante blanco del gran caballero estaba el puño de hierro del cruzado que golpeaba sin misericordia a todo el que traspasaba los lindes de la justicia, no importaba que tan poderoso fuera.

Agustín NIETO CABALLERO